
XXIV

En el que se traba conocimiento con un fraile
como hay pocos.

El monasterio de la Grande Trapa, la Trapa, ilustrada por la conversión del célebre abate de Raneé, es una especie de quinta religiosa, cuyos edificios y jardines están cercados por murallas, alrededor de las cuales se extienden las tierras de labor de esta quinta, dominadas por el gran bosque del Perche.

En el interior, despues de haber pasado un pórtico de ladrillos, que tiene esta inscripcion latina *Domus Dei* (Casa de Dios), se encuentra uno en un estenso cuadro de edificios parecidos al castillo, que sirven de posada ú hospederia á los viajeros, que pueden permanecer allí algunos dias si quieren.

Las comidas se componen de Legumbres y el lecho es duro, pero no tienen cuenta que pagar, lo cual es una compensacion.

Del otro lado de aquel cuadro se elevan graneros y cuadras inmensas, cuyas dimensiones son verdaderamente sorprendentes; y por último, en el fondo, en medio de jardines, el molino, los dormitorios, los claustros y la capilla,

detrás de cuya bóveda está el cementerio del convento, con su fosa abierta para el hermano á quien la muerte toque primero con su guadaña.

En este recinto van y vienen un centenar de religiosos que oran ó trabajan en silencio, durmiendo poco y no comiendo más que legumbres; verdaderos fantasmas vestidos de bayeta blanca ó roja, tan ajenos á los ruidos del mundo, como si viviesen en una isla desierta, perdida en el fondo de los Oceanos. Pero estos solitarios necesitan comunicarse con ese mundo, del cual están separados por su propia voluntad. El grano que depositan en los surcos, los frutos que cogen, los animales que crían, necesitan venderlos. La bayeta de que hacen sus hábitos necesitan comprarla. Por eso hay por lo menos uno á quien le es permitido hablar y puede comunicar con el exterior. Ese es el mayordomo, el intendente, el ecónomo del monasterio.

A la izquierda, en el primer patio, cerca de la puerta que da acceso á la quinta, se puede ver un pequeño edificio cuadrado, muy sencillo, construido con ladrillos y guijarros.

Ese edificio se llama la Procura. La Procura es la oficina de aquella autoridad temporal.

No es lujoso, no necesita serlo. Nada lo es en la Trapa.

Una tosca mesa de madera con algunos libros y dos ó tres escabeles, componen todo su mobiliario.

Allí se respira un olor á hinojo y alfalfa secas, á flores de tilo y á heno, como en una tienda de un herbolario.

En los rincones se ven azadas y rastros, destinados á reemplazar los aperos usados que están á componer; en el techo hay colgados algunos sacos de granos y ejemplares de legumbres monstruosas.

Aquella habitación es la mejor de la casa de penitencia y reposo.

A los dos dias del contrato de la señorita de

Roye, á eso de las dos de la tarde, el mayordomo estaba sentado sobre uno de los escabeles y trascribía algunas notas á un registro, cuando le llamó la atención el ruido de pisadas de caballo que se oían sobre el pavimento del patio. El caballo se detuvo á la puerta del pequeño edificio y el mayordomo oyó que pasaban la brida por una argolla clavada en la pared.

Levantó la cabeza, hizo un gesto de satisfacción, y puso la pluma sobre la mesa, una gruesa y larga pluma de ganso, cogida del ala de alguna de las aves de la vecindad. No hay economía pequeña. Este hermano debía tener á lo más, treinta y cinco ó treinta y seis años.

Era, con seguridad, lo que se puede llamar un buen fraile, y este buen fraile hubiera podido cambiarse fácilmente en un brillante militar.

De mediana estatura, solidamente formado, admiraba, sobre todo, por la viveza de sus ojos oscuros.

Llevaba toda la barba, que era de un negro azabache, en la cual se veían ya algunas hebras blancas, pero el pelo, que lo tenía perfectamente afeitado, excepto un estrecho cerquillo, era casi gris. Su enérgico tipo recordaba bien el de la extraña isla en que había nacido. Este fraile era el antiguo granadero de la guardia, Andrea Maretta, convertido en el hermano Anselmo.

—¡Oh! ¡salud, señor baron!—exclamó con amistosas demostraciones.

—Salud, hermano Anselmo. ¡Enhorabuena! ¿Sois mayordomo?

—Desde hace dos días.

—¿Estareis contento?

—¡Ya lo creo! Ya veis si es duro no tener derecho á abrir la boca más que para vocear salmos. El prior ha comprendido que cuando se procede de la guardia se tiene necesidad de movimiento, de ruido, de actividad. El padre Zacarías está viejo y delicado y ha pedido su retiro. Me han puesto en su lugar. ¿Llegais de París?

—Llegué anoche.

—¿Estuvisteis en el contrato de vuestra prima?

—Sí, ya está firmado.

El antiguo granadero aspiró el aire con fuerza, como si el baron trajese consigo el ambiente de aquel París, de donde volvía.

Empujó uno de los escabeles, diciendo al baron:

—Sentaos aqui y hablemos.

Santiago obedeció.

El hermano Anselmo puso los codos sobre la mesa, y dijo:

—Contadme algo de lo que habeis visto. ¿Qué hacen por allá?... Aquello es hermoso, ¡caramba!

—¡Sí, es bueno, teneis razon! ¡Es muy bueno, hermano Anselmo! Pero si he de seros sincero, preferiria ser fraile como vos, confinado en una celda, condenado al ayuno, al silencio y á todas las privaciones, á ser pobre en ese París que tal vez vos echeis de menos.

—¡Ah!... ¡Algunas veces, es verdad!

—¡En París es necesario ser millonario! Las tentaciones se apoderan de vos. Son demasiado espirituosas. El deseo se os sube á la cabeza como la embriaguez. Miserable en medio de esos deslumbramientos, yo me suicidaria ó me convertiria en un bandido.

—¡Oh!

—¡A qué mentir! Entre nosotros, hermano Anselmo, la diferencia no es grande: Brandes ó la Trapa es casi la misma clausura, el ayuno, el ayuno de los placeres que nos atraen, del lujo que quisiéramos tener y del cual carecemos.

El trapense le miró con aire de compasion.

—Ya os lo he dicho—replicó con dulzura,—es preciso que hagais un esfuerzo sobre vos mismo y desecheis esas ideas que os atormentan. No son buenas. Si, París es tentador. Si, París nos produce el vértigo de los placeres y de las ambiciones. Pero en medio de vuestros bosques, en ese aire puro de las campiñas y de los

brezos, ¿no se puede olvidar lo que pasa lejos de nosotros?

—¿Lo olvidáis vos, hermano Anselmo?

—Hago lo que puedo.

El fraile con rápido movimiento cubrió su afeitada cabeza con la capucha del hábito.

—¿No habreis venido aquí para hacer el papel de Satanás?—dijo con tono entre serio y jovial.—No os reconocería ya. Os digo que hago lo que puedo por desechar mis recuerdos. Lo consigo algunas veces, no siempre.

El padre Anselmo pasó su mano, bien formada y que parecía más fina aún al salir de su ancha manga, por los ojos, como para alejar una vision y repuso:

—Los Beaulieu deben estar contentos. El joven hace una boda inesperada. ¡Los Essarts serán para él! ¡Qué hermosa posesión!

—¿Y tantas otras!—añadió el baron.

—Los bosques llegan hasta una media legua de aquí.

—Ellos no cuentan para nada con la fortuna de mi prima.

—¿Dónde van los recién casados?

—A los Essarts. Los Beaulieu así lo han deseado y Germana ha consentido en ello.

—Entonces oiremos sonar de cuando en cuando las trompas de caza en nuestro territorio—dijo el hermano Anselmo.—No falta caza en él. Vos sereis de todas las partidas.

—De algunas al menos—dijo el baron con tono enigmático.—¿Y las armas, qué haceis de ellas?

—Me *enmohezco*,—dijo el mayordomo suspirando.

—Me habeis explicado una estocada maravillosa...

—¿La estocada del mayor Cavalcanti?—dijo el padre Anselmo, cuyos ojos chispearon.

—Sí.

—¿Es admirable esa estocada!

—Pues bien, hermano, tengo la torpeza de no entenderla.

—¿Qué no la entendeis vos?

—No, en verdad.

—Es de una extrema sencillez. Me admirais porque al fin sois mi discípulo.

—Esa terrible estocada supera mi pobre inteligencia.

El padre Anselmo se levantó con viveza.

Descolgó un florete, groseramente forjado, que estaba oculto por una enorme ristra de cebollas colgadas de la pared y simuló aquel golpe pérfido.

—Observadme bien,—dijo al baron.

—Dadme otro florete—dijo éste.—Podremos ensayarlo juntos.

Los ojos del antiguo oficial, despedían chispas.

Echó el cerrojo á la puerta y volvió á levantar la ristra de cebollas.

Descolgó otro florete de la misma fabricacion. Se le hubiera confundido con facilidad con un asador.

—El hermano Timoteo, el herrero, es quien los ha hecho de ocultis—dijo.—No son ninguna maravilla, pero puede uno servirse de ellos. Ahora estamos en nuestra casa y no es un pecado ejercitar un poco la mano. ¡Vamos, en guardia, baron!

El hermano Anselmo tenia una agilidad extraordinaria. Su manejo correcto, seguro y rápido, valia tanto como el de los mejores profesores. Santiago de Brandes no le cedia mucho, únicamente le ganaba el padre Anselmo en agilidad.

El exoficial de granaderos de la guardia, pasaba por una de las mejores espadas de Paris.

—El golpe es italiano—dijo;—más bien que de Italia procede de Nápoles. El ilustre profesor Riotti fué quien me lo enseñó. No me he servido de él en ningun duelo. Le considero como permitido en último extremo, pero más bien propio de un asesino que de un hidalgo.

Y, despacio primero, y con velocidad progresiva después, se lo enseñó al baron, quien lo se-

guía con tanta atención que el trapense se sorprendió:

—¿No tenéis intención de matar á nadie?—le preguntó con tono burlón.

—¿Qué ocurrencia!

—Vamos, á vos os toca tirar.

Santiago de Brandes tomó la ofensiva.

Era un espectáculo bastante curioso el que ofrecía el ex oficial con los hábitos remangados, sus grandes mangas y su capucha, agitándose en la procura, con el florete en la mano, parando las estocadas de su adversario.

Muy pronto el baron, como si estuviera cansado de tanto pase y de tanto lanzar estocadas inútiles, y capaces de cansar al brazo más duro, cedió poco á poco; pareció que el florete iba á escapársele de entre las manos; pero de pronto, bajándose en una especie de caída, dirigió á su adversario una estocada recta, que le alcanzó en medio del pecho.

—*Estoy muerto*—dijo el fraile.—Solo que estábais descubierto, y si hubiera querido os hubiese atravesado el hombro de parte á parte, por aquí.

Le tocó en el hombro con la punta de su florete.

Empezaron de nuevo á tirar.

El hermano Anselmo se estremecía de gozo, como un caballo de escuadrón al sonido de las trompetas del regimiento.

A decir verdad, el baron no era un adversario indigno.

Tenia un puño de hierro.

Aquella fué una buena lección.

Esta lección completó lo que el castellano de Brandes fingía ignorar, para obtener un suplemento de instrucción sobre aquella estocada sin rival de la cual pensaba aprovecharse.

Al cabo de hora y media de estudio, la ejecutaba con tanta perfección como su maestro, quien se declaró satisfecho.

—Sin embargo,—dijo el hermano Anselmo,—es necesario tener mucho cuidado. Si se consi-

gue tirar bien, el golpe es bueno. Pero sino, se hace uno ensartar como un pato.

Algunos hermanos que llegaron á pedir herramientas que necesitaban, interrumpieron el amistoso asalto de los dos espadachines.

El hermano Anselmo arregló sus hábitos, colgó con prontitud los floretes detrás de las cebollas que los ocultaban y volvió á ocuparse en sus modestas funciones.

Entregó las azadas y los rastrillos que le pedían y se fué á dar una vuelta por el molino, acompañado del baron, quien enviaba allí á moler su trigo.

Después, el hermano Anselmo, volvió cogido del brazo del baron, á la Procura, en donde estaba atado el caballo, que relinchó al verlos aproximarse.

El jinete montó y estrechó la mano de su profesor.

—Id en paz,—le dijo el fraile,—y sobre todo, no mateis á nadie.

Y una vez que entró en su habitación dobló las rodillas y ocultando el rostro entre las manos:

—¡Dios mío!—dijo,—¡tendré siempre aquellos cadáveres ante mi vista!

Y entonó en voz baja el *Miserere*.

Santiago de Brandes caminaba despacio por un sendero que costaba los grandes estanques de la Trapa, y contemplaba con dura mirada á las garzas que revoloteaban por encima de los juncos, secos por los hielos de diciembre, y á los patos que en ellos se cobijaban durante la noche.

Meditaba.

Necesitaba el triunfo á todo trance.

Había tomado prestados seis mil francos al miserable Becharé Sosthene-Isaïe para los gastos de su expedición á Jersey.

El enemigo estaba en la plaza. Era una primera brecha por donde podía entrar la ruina con él.

Y Germana resistía. La mujer no se había rendido.

—Yo someteré á la madre—pensaba.

¡No podía alcanzarla y herirla en lo que más quería: en su honor, en su orgullo y, por decirlo así, en el corazón de su corazón!

Cuando llegó á la avenida de Brandes era de noche oscura. La luna alumbraba débilmente los miserables bosques de los costados, y las dos torrecillas de la casa se destacaban en la oscuridad.

Una feroz sonrisa pasó por los labios del dueño de aquella triste mansion.

—A él primero—pensó.

Y desde el caballo, que se detuvo, describió en el aire con su látigo, que al cortarlo silbó, el movimiento de clavar un arma en el pecho de invisible enemigo.

XXV

En camino para la dicha.

El día 16 de diciembre, á las once de la mañana, una larga fila de coches ocupaba la calle de Grenelle, ante la alcaldía del séptimo distrito, desde la calle de Borgoña hasta la de Bellechase.

La union del vizconde de Beaulieu con Germana de Roye, iba á ser sellada ante el alcalde.

Los novios querían evitar el ruido; pero una multitud de curiosos, compuesta de tenderos, de criados de ambos sexos y de porteros, les esperaba á la salida.

Las demostraciones de estos espectadores eran simpáticas á los esposos.

El hotel de Roye, que estaba á dos pasos, imponía consideracion por su propietario. No siempre los nidos de las parejas jóvenes tienen tales proporciones.

—No hay que tener lástima al novio—decía un cocheró á uno de su colegas, hombre gordo, empolvado, arrellanado al lado de un lacayo en el pescante de un cupé azul, sin blasones, que era de ordinario el carruaje de Germana.

En la formacion no se habla.

El grueso y empolvado cochero se contentó con engallarse y guinar un ojo, con aire que quería decir:

—¡Ya lo creo! La joven más rica del arrabal y con buenas rentas, sólidas y nada empeñadas.

—Un poco orgullosa, según dicen—añadió el otro cochero.

—¡Quisiera veros en su lugar, maligno! Pero es muy buena, os lo aseguro. Bien la conocen en el arrabal. Son amos como no hay otros. Preguntad á Jeannin.

El cocinero del hotel de Roye pasaba, en efecto, al lado del cupé azul, con su traje reglamentario.

—¿De qué se trata?—dijo.

—Fresneuse cree que al novio le ha tocado el premio gordo!

El cochero se llamaba sencillamente Simon Piquet, pero como estaba al servicio del conde de Fresneuse, uno de los festigos de Germana, su compañero le daba el nombre de su amo, por cortesía.

El cocinero apoyó los elogios de Fresneuse.

—¡Pardiez!—dijo,—no hay dos como ella en todo Paris. Palabra de honor; se puede envidiar al vizconde. Conozco algunos que tienen una suerte grandísima, y el novio es uno de ellos. ¡Si no hace feliz á la señorita, le atravieso con mi trinchante, tan cierto como me llamo Miguel Jeannin y que soy un normando del Contentin!

Y riéndose cambió con el cochero un apretón de manos, que hizo á este lanzar un grito.

—¡Soltad!—dijo,—vais á destrozarme la mano! ¡Este animal tiene un puño!...

—Todos nos parecemos en la familia—contestó Jeannin!—¡A vuestra disposición!

—¿Por qué no van á Santa Clotilde los novios?—preguntó un portero.

—¡Caprichos! Partimos para una posesion del general... en seguida del almuerzo. *Le maitre d'hotel* está ya en camino con las mujeres. Van á prepararlo todo.

—¿Es bueno aquello?

—Sí y nó. Tiene su pró y su contra. Los amos se divierten allí. Nosotros tambien. Se caza mucho y los tortolillos no serán molestados por las visitas. Mañana al medio dia se verificará la boda en la iglesia de los Essarts, una pequeña villa situada en medio de los bosques. ¡Buenos derechos para el cura! ¡Una gran comida por la noche para los amigos y eso es todo! Despues se quedarán allí, hasta que se aburran y se marchen donde quieran. No es dinero lo que falta.

El cocinero penetró en la alcaldía para dar un vistazo á la ceremonia. Pero volvió casi en seguida.

—Están firmando—dijo.—Dentro de algunos minutos estará el asunto arreglado. Me marcho.

Hubo un movimiento en la escalera de la alcaldía, situada en el fondo del patio.

Los lacayos hicieron señas á los cocheros.

Los carruajes se pusieron en movimiento. El cupé azul fué el primero que se movió.

La señorita de Roye, ya vizcondesa de Beau-lieu, apareció en el pórtico de la alcaldía.

Iba vestida con sencillez y envuelta en un amplio abrigo de pieles, lo cual no era superfluo, porque soplabá un viento muy frío y el termómetro descendía á cero.

Pasó del brazo del general, derecho como una alabarda y orgulloso por el murmullo de admiracion que oía á su paso.

Apenas si se hubiera podido notar en el rostro de Germana una ligera sombra de inquietud; tanto era el dominio que tenía sobre sí misma.

Y sin embargo, estaba bajo la impresion de una punzante ansiedad. Sabía que existía un enemigo, interesado en su pérdida, capaz de todo, y que marchaba á su objeto á través de los obstáculos más infranqueables para un hombre de honor.

Y en lugar de huir, iba hacia él arrastrada por un encadenamiento de circunstancias que

ella aceptaba, sin intentar evitarlo y marchando al peligro como si una fuerza invisible la empujara hacia él.

Por otra parte, un encuentro con Santiago de Brandes no la asustaba.

A pesar de todo, y sin que ella pudiera decir porqué, el nombre de Cirilo Triquet, venía á su memoria. Este debía ser el traidor que, inconscientemente tal vez, habia tenido al baron al corriente del secreto de su retiro.

El baron le habia robado á su hija, así lo sospechaba ella, y queria tener la seguridad de que él habia sido.

Por esfuerzos que hizo sobre sí misma, á pesar de la opinion del capitán Perros, no podía desechar esta idea que la perseguía hasta entre aquella multitud que tenía sus miradas fijas en ella.

Había engañado á Roberto de Beaulieu, al menos con su silencio, no contándole nada del pasado. Pensaba que tal vez la maligna casualidad que habia descubierto el misterio de la Brelade á su enemigo, acabaría su obra, revelando el secreto de su aparente falta á aquel marido, que era ya para ella su juez y su dueño; pero en medio de estos pensamientos que la asaltaban, tenía valor para marchar con la cabeza levantada y la sonrisa en los labios.

Roberto de Beaulieu, por el contrario, salía de la alcaldía con el corazón dilatado, lleno de una alegría sin mezela, henchido de orgullo y de amor.

Germana habia contestado con voz firme á las preguntas del alcalde. Había pronunciado el solemne sí definitivo que encadena para toda la vida, con visible emoción, pero sin vacilar.

Germana le pertenecía ya. La multitud razon, era digno de ser envidiado.

¡El novio era también digno de atención!
Un hermoso tipo de oficial brillante y vigoroso, bien formado, robusto, elegante, las mujeres le devoraban con los ojos.

Terminado el almuerzo, los desposados y los

invitados, cuya relacion no comprendía más que á los testigos, á algunos oficiales amigos del vizconde de Beaulieu, ó del general de Treville, y á las amigas de Germana; la bella Laurencia, la señora de Freneuse y otras dos, se dispusieron á montar en sus coches para ir á tomar en la estación de Montparnase el tren especial que las llevaría á la Perche. El vizconde de Beaulieu estaba radiante.

Se apoderó de las dos manos de Germana y llevándola al hueco de una de las ventanas, la dijo:

—¡Mañana sereis mía! No podría espresaros mi gratitud por el consentimiento que me habeis dado. ¡Si supierais cuán orgulloso estaba al atravesar por entre la multitud que nos admiraba!

—¿De veras?

—¡Oh! sí.

—He cumplido mi promesa. ¿Cumplireis vos la vuestra?

—Quiero vivir á vuestros piés; esto es todo lo que sé.

Germana suspiro.

—¡Veremos!—dijo desprendiendo suavemente sus manos de entre las de Roberto.

—¡En marcha los enamorados!—dijo alegremente la condesa de Fresneuse, una rubia pálida, tan sincera y tan simpática, como falsa y odiosa era la bella Laurencia.

A diez pasos de ellos, en pié, envuelta en su abrigo de piel de nutria, la marquesa contemplaba á Germana y á su marido, con oculta envidia que la torturaba el corazón. Aquel hombre habia sido amado por ella; ella le hubiera querido para sí, y Germana se lo habia quitado con su belleza, su encanto y sus millones.

—¡Sí, en marcha,—murmuró repitiendo las frases de la condesa de Fresneuse,—pero en marcha para lo desconocido! ¡No todo será dicha, alegría, triunfo!...

A las tres en punto, los coches dejaban á los viajeros á las puertas de las salas de espera.

Cinco minutos despues, en el momento en que el tren se ponía en movimiento, un criado con librea se precipitó en el andén y abriendo una de las portezuelas del coche-salon, preguntó:

—¿El señor vizconde de Beaulieu?

—Soy yo.

El criado, sin pronunciar una palabra más, le entregó un pliego, cuidadosamente sellado, empujó vivamente la portezuela y desapareció.

El silbato de la locomotora lanzó un estridente silbido y el ligero tren se lanzó por la vía devorando el espacio.

XXVI

La nube y el rayo.

El vizconde, al recibir aquella carta quedó un momento sorprendido. Examinó con rapidez el sobre y no conoció la letra.

¿De dónde procedía aquella carta? En cualquiera otra circunstancia no le hubiera admirado. Pero en un día de bodas, cuando no se ocupaba de los negocios, y no pensaba más que en la alegría, ¿qué significaba aquel pliego tan apresuradamente entregado?

Por otra parte, la carta tenía un aspecto solemne, con su sello rojo y blasonado. No se parecía á esas sencillas misivas que un hombre de la buena sociedad recibe de sus amigos.

Roberto de Beaulieu ni aun se ocupaba de la gestión de sus bienes. Dejaba este cuidado á su padre, al hidalgo campesino, práctico y serio, que se ocupaba de esto á las mil maravillas.

El padre y el hijo estaban ligados por un cariño sin restricciones, y todo era comun entre ellos.

No se apresuró, pues, á romper el sobre de aquella misteriosa carta, y la guardó en uno de los bolsillos de su sobretodo.